

¿Estás bien?

—Sí, sí, —contesto yo—. Estoy muy bien, gracias —le digo y me demoro un rato en explicarle—, es que le estaba contando a este señor tan amable que estoy esperando a mi mujer. Merche. Sí, se llama Mercedes, pero yo siempre la llamo Merche. Sí, mi mujer. Vinimos a visitar a un amigo y me dijo que le esperara un momento aquí. Habrá ido al coche, me pareció que iba al parking. Llevo un rato buscándola. Cuarenta y tantos años casado con ella, sabe. Es muy despistada, pero muy buena gente. A veces se queja demasiado. Ella, sí. ¿Que si se queja de mí? No, de mí no se queja. Qué va. No le doy motivos.

El edificio es amplio y tiene un patio interior cubierto muy bonito, estando dentro el edificio parece redondo porque el patio es circular, o semicircular, y con mucha luz. He debido de recorrerlo entero varias veces. El edificio entero, sí. Todos los pisos. No sé. Me encuentro con gente, charlo un rato. Me dicen que me siente, que descanse un rato, que estoy todo el rato de pie, caminando. Es que estoy buscando a Merche, les digo, porque es verdad. Me dijo que le esperara que iba a averiguar en qué habitación estaba nuestro amigo. Sí, un amigo. No estoy seguro. Creo que un amigo de los dos. No, no me acuerdo del nombre. Solo que ella me dijo que la esperara un rato que iba a averiguar eso. Donde estaba su habitación. Que la esperara.

El tiempo a veces salta, pero no sé muy bien cómo explicarlo. Estoy en medio de una frase y de pronto estoy sentado en una sala y llevo otra ropa puesta, pero tampoco estoy muy seguro. Me levanto, voy a las escaleras y bajo al piso de abajo. Allí es casi igual, claro, los hospitales son siempre iguales ¿no? Solo que aquí hay gente muy amable y simpática. De pronto me parece incluso que hay gente disfrazada. Eso no lo entiendo muy bien. Por ejemplo ahora estoy al lado de un tipo con una guitarra. Me siento un rato a su lado y el tiempo vuelve a girar y ya no estoy al lado del de la guitarra sino que estoy bastante lejos aunque lo veo, lo reconozco, quiero decir, por la guitarra, pero le veo pequeñito, al otro lado del vestíbulo de esta planta y apenas le oigo porque siempre canta bajito y apenas la toca, es como si la llevara para hacerle compañía. Me dicen que es la hora de comer. Yo no tengo hambre pero una chica muy simpática y joven, podría ser mi hija, si yo hubiera tenido hijos, si Merche y yo hubiéramos tenido hijos, y le explico, también a ella, otra vez, creo que otra vez, que Merche es mi mujer, que me dijo que la esperara pero, sí, un poco de hambre sí que tengo, así es que voy con ella y me siento en el comedor. Hay mucha gente, caray, sí que hay gente aunque todos parecen simpáticos y me hablan, incluso me saludan por mi nombre, y eso me extraña porque no sé cómo lo saben si he llegado aquí apenas hace un rato y Merche me dijo que la esperara en el vestíbulo que iba a averiguar donde estaba la habitación de... no me acuerdo ¿Antonio? ¿Conozco a algún Antonio? No estoy seguro. Merche siempre es la que se acuerda de estas cosas, yo solo asiento y me llevo la cuchara a la boca. La sopa está caliente y me reconforta, entonces me doy cuenta de que Antonio no es el nombre de la persona que veníamos a ver, la que estaba ingresada en el hospital, sino que Antonio es el nombre que alguien está diciendo detrás de mí, en la mesa de al lado y creo que llamando a otro que está en otra mesa. Todo es así.

Estoy subiendo las escaleras. Nadie me dice nada. Una chica muy simpática me pregunta que adonde voy tan serio, le digo que estoy buscando a mi mujer, que me dijo que la esperara un rato. Me sigue por la escalera mientras yo sigo subiendo y me

dice que el médico quiere verme, que me han estado buscando toda la tarde. ¿Toda la tarde? Eso me extraña porque llegué por la mañana y eso fue hace apenas un rato, bueno, bastante rato, en realidad, como dos horas, porque Merche me dijo que la esperara y a mí ya me ha dado tiempo a recorrer todas las plantas del edificio y a asomarme desde el patio interior semicircular, o circular, ya no recuerdo muy bien, varias veces, y hablar con bastante gente en los distintos pisos. Entonces me acuerdo de que he estado en el comedor, vuelvo a sentir el sabor de la sopa en la boca, o sea que sí, que he comido aquí o sea que sí que puede ser por la tarde, pero me extraña porque yo... Ahora me dice, sonriendo dulcemente, que vaya con ella un momentito. ¿Un momentito? le pregunto ¿Y si Merche viene justo ahora? Ella me dice que no me preocupe, que si viene, le dirán que me espere porque ella se va a encargar de decírselo, que no se vaya. E insiste en que la acompañe y que le pregunte al doctor si no le creo que ella le va a avisar. De pronto me parece una buena idea, lo de preguntarle al doctor, el doctor sabrá algo más que ella que solo es una jovencita que podría ser mi nieta, si yo y Merche hubieramos tenido hijos, claro, y empiezo a contarle mi vida, no sé por qué, le estoy hablando de mi casa, del jardincito y de lo mucho que me gusta cultivar las flores. Entonces me asalta una duda y si llevo un día entero aquí, con el calor que está haciendo, tendría que ir a regar mi jardín, me acerco a una ventana y veo que es de noche. De noche. Qué extraño. ¿El doctor atiende de noche? No, me dice la chica, no atiende de noche. Todavía no es de noche. Ah, me quedo más tranquilo y sigo del brazo de ella por un pasillo interminable de color crema que está muy calentito.

Estoy sentado delante del doctor que me dice que mi amigo está bien y luego me pregunta por él. Le digo, pero bueno, doctor, cómo me pregunta usted por él, si me acaba de decir usted mismo que está bien. Pero me corrige, he debido de entenderle mal, me está preguntando por mí. ¿Yo? Fenomenal. No he estado tan bien en mi vida. Bueno, ahora empiezo a estar un poco disgustado con Merche, que es mi mujer. Sí, mi mujer, y sí, disgustado con ella, pues porque hace más de dos horas que me dijo que le esperara aquí, mejor dicho abajo, sí, me refiero al vestibulo, y no la encuentro por ninguna parte. Me puse a dar vueltas para distraerme al principio, pero luego para buscarla, por si se hubiera perdido, porque de los dos ella es la despistada y resulta que ahora termino sentado en el despacho del doctor, que me está tomando la tensión, mientras me sonrío amablemente y me habla. Lo que pasa es que yo ya no le oigo, es como si pudiera oír mis propios pensamientos en voz alta pero a él, que me está hablando, no. Es raro pero disfruto un rato de eso. De ver su mímica de hablar pero sin oírle ni papa. Un momento después estoy en el pasillo otra vez, la chica que venía conmigo me dijo que espere ahí, que Merche seguro que estaba a punto de venir y me ha dejado sentado en unos sillones muy cómodos y mirando por la ventana. La chica me había dicho que no era de noche pero claro que es de noche, miro por la ventana y es de noche. ¿Dónde se habrá metido esta mujer? Con lo despistada que es, seguro que se ha olvidado donde aparcamos el coche. Empiezo a preocuparme y a pensar en esas pesadillas en las que el tiempo se repite y nada tiene sentido.

De pronto estoy en un comedor otra vez, pero no estamos comiendo. Hay una chica muy sonriente, gordita, con el pelo claro y vestida de blanco que quiere que dibuje no sé qué. Esto es raro porque otra vez es de día, entra luz por las ventanas y también porque a mí nunca me ha gustado dibujar, la carpintería, sí, el jardín también, pero dibujar no es que no me guste, es que no sé, no se me da bien. Se lo digo a la señora que hay a mi lado que me sonrío como si me hubiera oído pero no me hace ni caso.

Por lo menos me ha sonreído, pienso y vuelvo a escucharme a mí mismo y no lo que está pasando a mi alrededor. Hay un señor hablando porque veo que su boca se mueve, está sentado en otra mesa, más allá, y tiene un lápiz en la mano. Ha llamado a la gordita vestida de blanco que se ha acercado a él y le ayuda a sacarle punta a su lápiz. ¿Cómo es posible que un hombre mayor necesite que le ayuden a sacar punta al lápiz, si hasta yo, que no sé dibujar, sé hacerlo? Entonces veo que sus manos, las manos del hombre, tiemblan, tiemblan tanto que no aciertan a meter el lápiz en el agujerito del sacapuntas, entonces, ya por curiosidad me levanto un poco y miro el dibujo que está haciendo en la otra mesa, bueno, el dibujo o lo que sea, el papel que tiene delante, vamos, pero el papel ya tiene un dibujo perfectamente hecho. Eso no lo ha hecho él, digo yo, y creo que lo he dicho en voz alta porque algunos me miraron como extrañados, entonces me fijé un poco mejor y era verdad, el papel de ese señor ya tenía un dibujo, y está claro que no lo ha hecho él. Es una fotocopia. Entonces me vuelvo a sentar, sonriendo, miro el papel que tengo yo delante y es lo mismo. Tiene un dibujo hecho pero es una fotocopia. Una fotocopia. Una fotocopia de... un patito. ¿Un patito? Miro mi mano y alguien me ha puesto un lápiz de color amarillo en la mano y parte de mi patito está cubierto de color. ¿Qué está pasando? No pienso rellenar de colores un patito. Tengo setenta y cuatro años, he sido un hombre de provecho hasta hace bien poco y no me voy a poner, a mi edad, a rellenar de colores un patito. Ni que fuera un niño pequeño. He venido a ver a un amigo, Merche me dijo que la esperara, en el vestíbulo y yo he estado esperándola horas, pero no ha aparecido. Es tan despistada mi mujer, pero no lo digo. Empiezo a estar indignado, con ella, con Merche, por tardar tanto, pero no digo ni palabra, también estoy enfadado con la gordita vestida de blanco, porque quiere que rellene de color un patito, pero de pronto me doy cuenta de que, no sé por qué, que hay que ser inteligente y no mostrar demasiado disgusto. Todo el mundo es tan amable, me acuerdo ahora, a lo mejor no es culpa suya, quiero decir de todos los otros, pero ella sí, es la gordita la que nos ha hecho esto. Es ella y no los demás. Los demás son buena gente, la gente que me saluda, la chica que me llevó al médico, por ejemplo. Me levanto y, con cara circunspecta digo que tengo que ir al servicio que, en cierta manera es verdad, y al salir de la sala, muy tieso para se me vea serio, encuentro un baño de hombres y entro a mear. Me meto en una de las cabinas pero no tiene pestillo para cerrarla. Para que nadie entre me apoyo en la parte interior de la puerta y respiro profundamente varias veces. ¿Por qué no viene Merche? ¿Por qué tarda tanto esta mujer? Y estando así, con los ojos cerrados, enfadado pero a la vez deseando que ella venga, me entran un poco de ganas de llorar y a la vez me parece sorprendente, porque hace mil años que no lloro, pero el que ella se haya despistado tanto rato me hace preocuparme. A lo mejor tengo los ojos llenos de lágrimas porque estoy preocupado por ella. Eso es. A lo mejor le ha pasado algo y se ha perdido o, quién sabe, es tan despistada, lo mismo le ha pasado algo o ha tendido un accidente. No quiero pensar en eso pero, a la vez, me sienta bien pensar que a ella le ha pasado algo, es raro, porque inmediatamente, pensando eso, se me quitan las ganas de llorar. Si a ella le hubiera pasado algo todo esto tendría algún sentido. Decido hacer pis y después subir al piso de arriba, al vestíbulo, a preguntar por ella otra vez.

En el vestíbulo la chica de recepción me saluda por mi nombre. Me parece raro que sepa mi nombre porque no la había visto en mi vida pero me da igual, lo que importa es lo que vengo a preguntar. Cuando voy a abrir la boca la chica de recepción me hace una seña de que espere un momento porque hay una señora delante de mí que

le está diciendo que tiene que ir a su casa a preparar la comida a sus nietos, que la estarán esperando en casa, sin comer, los pobres, y que ha debido de haber un error porque su hija le había dicho que vendría a buscarla temprano y ya es la hora de comer y sus nietos la estarán esperando. La chica de recepción la tranquilizó diciéndole que su hija había llamado hacia un rato, que le había dicho que estuviera tranquila, que mañana vendrían a buscarla. La señora no quedó muy convencida pero se dio media vuelta y se fue mascullando por el vestíbulo. Yo me aparté para dejarla pasar y la seguí con la mirada hasta que se perdió de vista al fondo del vestíbulo. Cuando me volví otra vez la recepcionista me estaba mirando con una sonrisa de oreja a oreja. De pronto pensé que por qué la recepcionista no habría corregido a la señora que le había dicho que tenía que ir a hacer la comida para su nietos si ya era media tarde y eso, no sé por qué, me hizo sospechar, eso y su sonrisa, la simpática sonrisa que me estaba dedicando desde el otro lado del mostrador. Entonces me preguntó que qué quería yo y me volvió a llamar por mi nombre. Le dije que nada, en realidad nada y pensé, mejor esperar a que venga Merche, no sea que me meta en algún lío con esta gente, que me parece que no son de fiar.

Voy andando por el pasillo. Es de mañana. Otra vez. Pero otro día. Darme cuenta de eso me sorprende y no. Si lo pienso bien ya no me sorprende nada, quién sabe, o tal vez sí. Acabo de desayunar, llevo un trozo de pan en la mano. ¿Qué hago con un trozo de pan en la mano? Lo echo dentro de la primera papelera que veo. Me acerco al ventanal, hace sol y alguien nos dice que podemos salir al patio si nos abrigamos. La verdad es que hacía cientos de años que nadie me decía que podía hacer algo si me abrigaba pero, como el día está tan bueno, aunque fresco, acepto que me pongan una chaqueta porque quiero salir, me gustan tanto los jardines y se lo digo a alguien que está a mi lado que se pone a hablarme de no sé qué, porque yo otra vez he dejado de oírle y sigo escuchándome a mí mismo pensar como si estuviera hablando en voz alta, pero por lo que parece no lo estoy haciendo porque nadie me hace ni caso. Miro al que se ha sentado a mi lado y sigue hablándome, entonces pienso que desde hace un rato, un buen rato, horas, a lo mejor, que ya no busco a Merche y eso sí que me parece raro.

Estoy caminando por el jardín. Hace sol. Si el jardín tuviera una salida, pienso, podría dar la vuelta al edificio del hospital e ir al parking de delante, a ver si sigue ahí nuestro coche. Intento recordar lo que me dijo la chica de recepción cuando fui a preguntarle por Merche y pienso en ir otra vez a preguntárselo pero de lejos veo en el jardín, cerca de la puerta de entrada del edificio, a la gordita que hace un rato trató de que me pusiera a rellenar el patito de colores y la miro con odio, desde bastante lejos, eso sí, pero con odio, aunque sin que se me note ni nadie me vea. Ella tiene la culpa de muchas de las cosas que pasan por aquí, así es que me alejo del edificio. El jardín es muy grande y no hay mucha gente paseando. A la gente no le gusta el aire puro tanto como a mí. Miro hacia el edificio, hacia arriba. Es grande y blanco, tiene como seis pisos y efectivamente una parte es circular, esa debe de ser la parte del patio interior que en realidad no es un patio, sino que es como si el vestíbulo del piso de abajo no tuviera techo y de la bandilla de cada piso cuelgan plantas trepadoras, hiedras y eso, que quedan bonitas pero lo estropea todo el que, supongo que para que no haya accidentes, han puesto unas redes, como de plástico, y en realidad uno no se puede asomar al vestíbulo. Uno puede apoyar la frente en la red y mirar para abajo y ahora que lo pienso hay bastante gente que lo hace, señores mayores sobre todo. Las mujeres no apoyan la frente en la red. Es curioso. Las mujeres se sientan en una

butaca cerca de una ventana y no hacen nada en todo el día. Dormitan. Hay alguna que hace crucigramas o cose, pero en realidad son las que menos. En general las mujeres no hacen nada. Solo están sentadas. Los hombres juegan a las cartas pero siempre hay problemas porque unos quieren jugar otros no quieren que esos jueguen y siempre están faltando cartas porque alguien trata de romper la baraja y, como se puede porque son de plástico, las tiran por los huecos de la red al suelo del vestíbulo y se quedan mirándolas caer con la frente apoyada en la red. ¡Qué tonterías pienso a veces! Doy la espalda al edificio y, sintiendo un poco de desprecio por mí mismo, vuelvo a mirar hacia el parque. Entonces me doy cuenta de que yo ya he estado antes aquí, muchas veces. Recuerdo cada piedra de los senderos de grava, cada rama de cada árbol, cada muesca en los bancos de madera que se me aparecen ante los ojos como si les aplicara un telescopio desde donde estoy, aunque están muy lejos y yo no tengo ningún telescopio. Veo todos esos detalles como si fueran fotografías delante de mí. Claramente. Entonces me fijo en la gente, en la poca gente que hay en el jardín. Ninguno está de pie o sentado de manera natural. Uno está encogido como un ovillo, otro mueve sin parar una pierna mirando al cielo, otro parece gimotear sin que nadie le haga caso. Una señora se ha quedado como congelada mirando el tronco de un árbol y está tan quieta que ni siquiera respira. Los miro y todos me parecen raros. Ya no pienso en Merche, en que no ha venido, me doy cuenta de que llevo horas sin acordarme de ella. Me miro las manos, son las mías. *¿Por qué estoy aquí?*